

VICTOR J. SEIDLER, *Masculinidades. Culturas globales y vidas íntimas*, Editorial Montesinos, colección Ensayo, Barcelona, 2007. 262 páginas.

Los recientes estudios sobre masculinidades ocupan un espacio decisivo en la problemática de las relaciones entre los géneros en las sociedades contemporáneas. Consecuencia de inquietudes y preocupaciones tanto disciplinares como pragmáticas en los estudios de género, las concepciones sobre las masculinidades abren una nueva vía de reflexión crítica sobre la condición de hombre y lo masculino en aras de constituir comunidades más justas e igualitarias.

Victor J. Seidler¹, uno de los grandes referentes teóricos de los estudios sobre masculinidades, traza en su libro *Masculinidades. Culturas globales y vidas íntimas* cómo ciertos cambios significativos en nuestras sociedades actuales han puesto en cuestión la identidad masculina tradicional. Se pone de manifiesto así la necesidad de replantear la masculinidad desde una perspectiva teórica y cultural para que se ajuste a las nuevas realidades y a los nuevos retos del futuro.

Masculinidades es una apuesta por el estudio de la identidad masculina vista desde los recientes cambios sociales, políticos y tecnológicos acaecidos en las sociedades occidentales. El estudio de Seidler tendrá en cuenta dos perspectivas fundamentales: por un lado, la teoría de relaciones de poder

individuales o colectivas entre los géneros; y, por otro, la relevancia no sólo de los contextos culturales y religiosos sino también de los ámbitos emocionales y sexuales. Asimismo, las transformaciones de los antiguos patrones conceptuales sobre lo masculino serán el eje que nos guíe para comprender la aparición de nuevos valores que empiezan a asentarse en la ciudadanía. Refiriéndose a la obra *Masculinities* de Raewyn Connell², dice Seidler: “Si separamos el poder de la vida afectiva corremos el riesgo de legitimar, por ejemplo, el temor a la intimidad afectiva que a menudo caracteriza a la masculinidad dominante” (p. 57). La unión de estos dos pilares es esencial en el estudio de las masculinidades. Esto responde no sólo a las relaciones de poder en la estructura familiar sexista sino también a un desarrollo personal forjado por el contexto cultural, social y religioso que delimitará de manera precisa las actitudes hacia la sexualidad, las emociones o incluso la violencia. En este sentido, Seidler parte del punto de vista según el cual los estudios de poder son extraordinariamente útiles para analizar y describir las sociedades sexistas y, consecuentemente, para explicar las relaciones en el seno de la familia. Pero sin olvidar que la legitimación social, cultural y religiosa de las *mas-*

¹ Victor J. Seidler es profesor de Teoría Social en el Departamento de Sociología de Goldsmiths College de la Universidad de Londres. Ha escrito extensamente sobre temas de género y de identidad sexual en relación con los varones y las masculinidades. El autor de *La sinrazón masculina* aborda en sus trabajos temas conocidos en los estudios de género, como patriarcado y religión, y otros más novedosos, como la globalización y las nuevas tecnologías.

² Raewyn CONNELL, *Masculinities*, Polity Press, Cambridge, 1995.

culinidades hegemónicas se presenta como condición *sine qua non* para estudiar con rigor la concepción plural de las identidades masculinas.

Los cambios estructurales debidos a la globalización, al desarrollo tecnológico de la comunicación de masas, a la instauración de sistemas de educación cada vez más abiertos y eficientes y a la presencia de amplios movimientos y asociaciones sociales reivindicativos han generado un salto importante en la conciencia general de la población con respecto a la igualdad de género que, aun sin ser suficiente, está desestabilizando la concepción tradicional de la vida familiar y de las relaciones íntimas. A su vez, los sistemas de orden social establecidos y las diversas instituciones políticas y económicas se están viendo forzados a adaptarse a esta situación, lo que es indispensable para seguir ahondando en un sistema de derechos y libertades que recoja la igualdad de género con total garantía y eficacia. Empero, podríamos decir que para lograr la igualdad de género es necesario tanto un replanteamiento de la esfera jurídico-legislativa como una política educativa efectiva.

Según Seidler, los hombres están obligados a reafirmar su identidad constantemente mediante el autocontrol, la resistencia a la revelación de *su naturaleza animal* y la expresión de la fuerza, entendida como virtud únicamente masculina. No deben exteriorizar sus sentimientos, emociones ni deseos y, al mismo tiempo, han de controlar las tentaciones fruto de ese *instinto animal*. Así, cualquier mínimo espasmo de senti-

mentalismo o intimismo será considerado femenino y catalogado automáticamente como amenaza directa a su identidad. Será ocultado y rechazado con gestos *típicamente* masculinos de oposición. Su identidad como hombre, como *ser superior* en la estructura familiar sexista, es lo que está en juego. La negación y ocultación de las vulnerabilidades será en ocasiones fuente de legitimación de la violencia y ésta, a su vez, un desahogo de la carga viril que recae sobre ellos.

Es interesante anotar que desde esta perspectiva cualquier otra forma de expresión de la identidad masculina queda excluida y, en consecuencia, se espera que todo hombre adopte la concepción de la masculinidad dominante. Esto implica que recaiga una gran responsabilidad sobre sus hombros y sobre el de sus familias porque un supuesto fracaso ante la obligación de contener esa identidad deviene en dos: el suyo propio como hombre y el de referente como padre. Además, el temor a desvirtuarse o desviarse de ese *camino* puede perpetuar un encerrarse en sí mismo. Por tanto, este modelo no sólo sirve para justificar su desarrollo emocional conforme a lo que representa el *verdadero* hombre, sino también le aboca a desorientarse, deprimirse y violentarse si no lo consigue emular, sin saber que otro rol asumir³.

El autor orienta la tradición de las identidades masculinas desde otros ángulos decisivos. Antes las masculinidades estaban ligadas al trabajo asalariado, siendo el primer sueldo llevado a casa lo que marcaba ritualmente el paso *de joven a hombre*. También estaban conectadas con

³ Ruth HILL, "How new man turned into distant confused new dad": *The Observer*, 20 de junio de 2004, citado en p. 99.

la paternidad: un hombre afirmaba definitivamente su masculinidad al convertirse en padre, a menudo tras un período de servicio militar. No obstante, si bien todo ello todavía está presente, podemos hablar también de la virginidad como ejemplo de debilidad masculina. En ocasiones se exige a los chicos a negarla en su entorno para que se sientan obligados a perderla lo antes posible, siendo una alternativa frecuente la asistencia a prostíbulos.

Para Seidler los jóvenes, en la actualidad, están creciendo de forma diferente a la de sus padres, lo que *ayuda a la transición para el cambio* en las masculinidades. Pero no sólo hay novedades con los jóvenes. Esta argumentación viene dada también por los cambios o desorientaciones de roles que afrontan los varones adultos en los últimos años. Se les está empezando a exigir no sólo compartir las tareas domésticas sino, además, ser “*blandos y cariñosos*” en la vida privada y “*duros e insensibles*” en la competitiva atmósfera del lugar de trabajo. En cuanto al ámbito sexual, por ejemplo, Seidler apunta que:

En las culturas consumistas las masculinidades se han erotizado hasta el punto de que los hombres han aprendido a identificarse a sí mismos como objetos de deseo, y pueden tener dificultades para encontrar el equilibrio entre una actividad masculina tradicional y la receptividad que acompaña a la intimidad (p. 154).

En definitiva, Seidler pretende exponer un nexo de unión entre las transformaciones globales que afectan a nuestras sociedades y la redefinición de las identidades masculinas desde una óptica cultural. Por su parte, Robert Connell —ahora Raewyn Connell— destaca más el aspecto relacional-estructural, de manera que el objetivo sea “centrarnos en los procesos y relaciones por medio de los cuales los hombres y mujeres llevan vidas imbuidas en el género”⁴, es decir, estudiar las masculinidades como proceso y parte necesaria en la mejora de las condiciones de vida y de la convivencia social e íntima. Sin embargo, Seidler apuesta de manera significativa por la perspectiva cultural para el estudio de las masculinidades. Si bien reconoce la importancia de las teorías de poder en un entorno jerárquico y rígido, el principal cometido que presenta su obra es nutrir y revitalizar la variable cultural por su inherente relevancia para los estudios de identidades. En este sentido, el autor criticará continuamente a lo largo del texto la estricta visión de Connell acerca de las teorías universalistas sobre *masculinidades hegemónicas*. Según Seidler, sus planteamientos están centrados equívocamente en la primera perspectiva desde la cual las relaciones de poder parecen ser el único factor causal para la determinación de las identidades masculinas. Este marco teórico es insuficiente para sustentar una nueva concepción de las masculinidades, ya que

⁴ Robert W. CONNELL, “La organización social de la masculinidad”, en Teresa VALDÉS y José OLAVARRÍA (eds.), *Masculinidad/es: poder y crisis*, ISIS-FLACSO, Ediciones de las Mujeres n.º 24, Chile, 2005, pp. 31-48. Disponible en Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales, www.cholonautas.edu.pe (26 de septiembre de 2009).

“si la masculinidad se define exclusivamente en términos de relaciones de poder individuales entonces no tenemos por qué investigar las fuentes culturales del poder” (p. 51) ni su legitimación. En palabras de Antonio Gramsci, “la hegemonía no es simplemente una cuestión de poder. La cuestión de la legitimación y el consenso es un aspecto decisivo de la misma” (p. 57). Es ahí, justamente, donde la incorporación y aceptación de la cultura y, en concreto, del uso del lenguaje, resulta decisivo para sostener el edificio de la masculinidad dominante.

La clave devendría en rechazar la tesis:

Si insistimos en definir a los hombres como el problema, lo que en cierto modo

fue una postura compartida por el feminismo de los setenta, tenderemos a pensar que solamente convenciendo a los hombres de que renuncien a su poder y cambien —proceso con el que tiende a identificarse la visión de Connell—, podremos restaurar la igualdad de género (p. 160).

En oposición a esta idea, Seidler sitúa el reto de las masculinidades justamente en la consideración y articulación de la complejidad latente entre las relaciones de poder y la cultura, evitando relegar el discurso a una mera concepción estructuralista que es ajena a la contingencia en el debate sobre identidades.

FRANCISCO CAMAS GARCÍA